

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

4.7–15

Derribados, pero no destruidos

James Thompson

«[...] para que la excelencia del poder
sea de Dios» (4.7).

Hace muchos años, anduve con mi familia recorriendo el museo del Louvre, admirando algunos de los más grandes tesoros artísticos del mundo. Llegamos hasta un gentío que se reunía alrededor de una de las pinturas. Esta pintura en particular estaba dentro de una urna de cristal. Un guarda estaba apostado cerca de ella. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca para ver la pintura, descubrimos que se trataba de la famosa Mona Lisa. Entre los muchos tesoros artísticos que había en esta majestuosa sala, a esta pintura se le consideraba un inestimable tesoro. Estaba protegida contra el robo, el vandalismo y el manoseo de los admiradores. La protección detrás del cristal parecía ser la manera más apropiada de preservar esta irreemplazable obra de arte.

He notado a menudo las elaboradas precauciones que toman los museos para proteger sus tesoros. Miles de personas que hicieron fila para ver los tesoros del rey Tutankamón, vieron el esfuerzo que se hizo para proteger los artefactos detrás de urnas de cristal. Ninguna persona responsable permitiría que un tesoro de tres mil años de antigüedad fuera pintarrajeado por un acto desconsiderado de alguien. En todos los museos del mundo, si las pinturas no están protegidas por urnas de cristal, lo están por

dispositivos electrónicos de seguridad que dan una alarma en el momento que alguien las toca. Toda clase de tesoros, estén en museos o en casas, requieren tratamiento especial, pues es una desgracia que ante nuestros ojos se deteriore un objeto inestimable.

Lo anteriormente expuesto insinúa el asombroso efecto de las palabras que expresa Pablo en 2ª Corintios 4.7: «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro [...]». El vaso de barro de los tiempos de Pablo era la vasija de arcilla corriente. Los arqueólogos que excavan en sitios donde se ubicaron ciudades antiguas, tal como la de Corinto, encuentran miles de fragmentos de estas vasijas y tinajas de arcilla. Estos objetos «no biodegradables» eran los artículos que más fácilmente se abandonaban, tal vez porque eran abundantes y baratos. Tal como lo demuestran los innumerables fragmentos, las vasijas y las tinajas eran particularmente frágiles. Eran útiles como recipientes para guardar alimentos, pero a nadie se le hubiera ocurrido guardar un tesoro en alguna de ellas. Los tesoros se guardaban en algo que estuviera protegido de las fuerzas de la naturaleza, o de la codicia humana. Así, cuando Pablo dijo: «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro», él estaba describiendo un extraordinario espectáculo.

EL TESORO

El tesoro que «tenemos» es el ministerio del evangelio. En el contexto del pasaje que estamos estudiando, Pablo habló de una luz que «resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (4.6). La «luz» es la proclamación en el sentido de que Jesucristo es Señor (4.5). Cuando Pablo habla del tesoro que «tenemos», él pone especial énfasis en el hecho de que el tesoro nos fue dado. Varias veces, habla él de bendiciones que los cristianos «tenemos» (3.4, 12; 4.1). En cada uno de los casos, dice que estas bendiciones las recibimos como dones. En 4.1 dice: «Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido [...]». Del mismo modo, el tesoro de Dios es nuestro porque Dios lo puso en nuestras manos.

El «tesoro» es una imagen favorita de la Biblia, para referirse a las buenas nuevas del evangelio. Jesús dijo una vez que «el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo» (Mateo 13.44). Contó una parábola complementaria en la que el reino fue comparado con una perla de gran precio (Mateo 13.46). Pablo escribió que en Cristo «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2.3). Esta imagen era usada comúnmente, porque daba a conocer una importante verdad acerca del evangelio: El evangelio es tan extraordinariamente valioso que nadie puede tomarlo a la ligera.

No es casualidad que el evangelio se compare con un tesoro, y no con una baratija. Cuando el hombre de la parábola halló el tesoro y la perla, vendió todo lo que tenía para tener la única cosa que le interesaba. La parábola sugiere el infinito valor del evangelio. Cuando lo descubrimos, hallamos el tesoro por el que estamos dispuestos a sacrificarlo todo.

En el Museo Nacional de Atenas, Grecia, hay algunos extraordinarios tesoros de oro que se remontan al siglo doce a. C., el período que por largo tiempo se describió en las leyendas sobre la guerra de Troya. A finales del siglo diecinueve, Heinrich Schliemann descubrió estos tesoros, después de que le dijeron repetidamente que jamás podría hallar las reliquias de esa heroica era. Aunque no tenía la menor idea de la magnificencia de los tesoros que hallaría, el proyecto era la pasión de su vida. Él mismo gastó una fortuna en los descubrimientos arqueológicos, pues nada lo motivaba tanto como el sueño del tesoro griego.

Jesús estaba conciente de que todos tenemos un tesoro. O elegimos el tesoro de la tierra que

puede ser hurtado o corrompido, o elegimos el tesoro del cielo que nadie puede quitar. «Porque donde esté vuestro tesoro, —dijo Él— allí estará también vuestro corazón» (Mateo 6.21). Pablo estaba convencido de que nosotros, con nuestro ministerio para Cristo, «tenemos este tesoro».

El distintivo del cristiano consiste en el reconocimiento de que se le ha puesto en sus manos un tesoro. Le hacemos frente a la constante tentación de no tomar en serio nuestro ministerio, porque esperamos muy poco de él. La repetición de muchas tareas, así como la poca estima que se nos tiene, convierte el ministerio en un trabajo monótono. Hay algunas congregaciones en las que importantes ministerios—tal como el de visitas a los hospitales, el cuidado de los desposeídos, el trabajo con el equipo de visitación— sufren una muerte rápida. El entusiasmo a menudo se reduce después de que comienzan.

Lo que está haciendo falta en muchos casos es el recordatorio en el sentido de que tenemos un tesoro en estas actividades. Si nuestro tesoro está en nuestro ministerio, muy difícilmente permitiremos que otras exigencias nos quiten el compromiso con un importante ministerio. James S. Stewart, el famoso predicador escocés, hizo la pregunta apropiada, cuando dijo: ¿Qué es lo que más necesita la iglesia hoy día para su misión evangelística? Esta fue su respuesta:

Técnicas más modernas, no hay duda, métodos más actuales, estructuras más contemporáneas para la vida de la iglesia, equipo más nuevo. Pero básicamente, la necesidad es seguramente esta: Un conocimiento mucho más profundo de las riquezas que poseemos, un interés más vivo en la apropiación de los recursos sobrenaturales, trascendentes, que siempre presentamos a la fe en un Señor resucitado.¹

No hace mucho, oí a una mujer comentando acerca de la dedicación de su esposo, a los programas de la iglesia. La explicación que ella daba para esta dedicación, era que él no había crecido en un ambiente cristiano. No fue sino hasta que ya era adulto, que conoció el evangelio, y encontró una congregación local de cristianos. Debido a que jamás consideró como algo dado la vida cristiana, ¡ésta tenía un significado especial para él! Dicho en palabras del apóstol Pablo, este hombre había hallado el tesoro. El problema con la manera como enfocamos muchos problemas de la iglesia es que éstos han llegado a ser muy comunes para nosotros.

¹ James S. Stewart, *The Wind of the Spirit (El viento del Espíritu)* (Nashville: Abingdon Press, 1975), 19.

A los que viven con el tesoro por mucho tiempo, se les puede olvidar el verdadero valor de éste. Los que le vuelven a echar una nueva mirada, a menudo reconocen el valor que tiene para su vida.

EN VASOS DE BARRO

El vaso de barro que contiene el tesoro es obviamente el siervo cristiano con sus debilidades, sus defectos y su fragilidad. Dios no eligió poner Sus tesoros en una fortaleza, y tampoco en la más sólida y más segura urna de cristal. El tesoro de Dios fue puesto en las frágiles vasijas de una vajilla de barro.

La imagen del vaso de barro es tan apropiada para describir nuestra frágil vida, que a menudo se emplea en la Biblia para recordarnos nuestras propias debilidades. El salmista dice: «He venido a ser como un vaso quebrado» (Salmos 31.12). Jeremías describe a cierto hombre como «una vasija despreciada y quebrada» (Jeremías 22.28). Aun cuando nuestra vida es tan frágil como un vaso de barro, los profetas nos recuerdan regularmente que Dios es el habilidoso obrero que puede hacer que el frágil recipiente tenga un buen uso. Dios trabaja con la arcilla y la moldea para que sirva a Sus propósitos (Jeremías 18.1–11; cf. Isaías 29.16; 45.9). La arcilla, en su debilidad, no tiene derecho a resistir la voluntad del alfarero (cf. Romanos 9.19–20), pues éste puede tomar la inútil arcilla y usarla como su instrumento.

Las palabras de Pablo cuando dice: «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro», son tan vívidas que fácilmente olvidamos el contexto original en el que se encontraban. Es probable que Pablo no hubiera hecho este comentario si no hubiera sido objeto de crítica tan mordaz. Sus oponentes ponían en duda su autenticidad, dando como motivo que él era muy débil para ser un verdadero ministro. «[Sus] cartas son duras y fuertes —decían— mas la presencia corporal débil, y la palabra menospreciable» (10.10). Era como si dijeran: «Esperábamos que fuera un orador tan electrizante como los que hablan en lugares públicos». Tal vez decían: «Esperábamos que fuera alguien bien parecido, con apariencia de dios, como los atletas de los juegos olímpicos». Pablo, el proclamador de la Palabra de Dios, era a duras penas lo que los sofisticados corintios habían esperado ver en un dirigente. La respuesta que el apóstol dio, fue un recordatorio en el sentido de que Dios había elegido deliberadamente poner Sus tesoros en frágiles vasos de barro, no en sólidos recipientes sin defecto.

Pablo hizo una vez un argumento parecido en 1^{era} Corintios, cuando trató de convencer a los

corintios de que Dios no se sujeta a patrones establecidos por el hombre. De hecho, Dios eligió darse a conocer Él mismo por medio de una cruz, el símbolo de la vergüenza y de la debilidad. Luego, Pablo añadió: «Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles» (1^{era} Corintios 1.26). Toda la iglesia se componía de «vasos de barro», esto es, personas que no tenían poder que fuera propio de ellas. Dios no tenía necesidad de sabios, ni de poderosos, ni de nobles, para llevar a cabo Su obra.

Si olvidamos que el tesoro de Dios ha sido puesto en «vasos de barro», le creamos serios problemas a la iglesia. En nuestra cultura, con el valor que se les da a las estrellas de los medios de comunicación de toda clase, nos llegamos a saturar con la idea de que se necesitan «superestrellas» para las tareas importantes. En años recientes, a un importante movimiento de evangelismo le ha dado por demostrar que glamorosas estrellas de los medios de comunicación elogian la fe. El supuesto parece ser que la presencia de talento extraordinario le da credibilidad a la fe.

Cuando olvidamos que Dios ha elegido poner Su tesoro en vasos de barro, perdemos la paciencia con los que nos dirigen. Estamos prestos a identificar la «incompetencia» de los ancianos, o la mediocridad de los sermones del ministro, y luego concluimos que el futuro de la iglesia sería muchísimo más promisorio si todos los cultos de adoración fueran tan impecables como un especial de la televisión. Concluimos que la iglesia podría ser saludable tan sólo si halláramos a alguien que tuviera auténtica calidad de «estrella».

En cierta ocasión, varios miembros de una congregación se quejaban de que su ministro era «tan corriente», que debía renunciar, pues él era la causa de los fracasos de la iglesia. Un miembro con mayor sabiduría respondió a lo anterior: «Es cierto, pero debemos tomar en cuenta que nosotros somos una congregación “corriente”». La mayoría de las congregaciones lo son. Puede que el nivel de competencia no alcance la altura del que tiene una corporación. Puede que la ejecución de los programas carezca de la eficiencia deseada, y que el equipo de trabajo no salga bien librado al medirse por el patrón de los demás. Pero estoy convencido de que, si se toman en serio las palabras de Pablo, caeremos en la cuenta de que toda la iglesia está compuesta de vasijas frágiles.

El reconocimiento de la anterior condición debería darnos paciencia para los errores que percibimos en otros. Prácticamente todos los que

se han dedicado con seriedad, han cometido graves errores, de los cuales se lamentan. A menudo carecemos de suficiente previsión para anticipar los resultados de nuestras decisiones. Hemos hecho comentarios indiscretos que, después de reflexionar, llegamos a la conclusión de que debimos haberlos callado. El hecho de ser una comunidad de «vasos de barro» implica que habrá errores humanos. Una iglesia que está conciente de esta realidad hará uso de paciencia.

En vista de que somos una comunidad de «vasos de barro», también hay lugar para nuestra paciencia con los que han cometido serias ofensas morales. Existe un espíritu de no olvidar jamás un error que se cometió mucho tiempo atrás. Puede que actuemos como si la ofensa descalificara para siempre al que la cometió, de modo que ya no puede participar en ningún programa. Pero tal espíritu no toma en cuenta el hecho de que Dios puede usar como «instrumentos escogidos» de Él a los que han cometido serias ofensas. Usó incluso a uno que persiguió a la iglesia.

El hecho de que Dios haya elegido usar «vasos de barro» no insinúa que aceptemos nuestra incompetencia y nuestros fracasos sin hacer el esfuerzo por comprometernos totalmente con la tarea. Sería una distorsión del mensaje de Pablo suponer que, como Dios ha elegido a personas falibles para ser Sus instrumentos, Él no exige de nosotros una intensa dedicación y lo mejor que podamos dar. Un ministerio auténtico implica la seguridad de que Dios puede usar vasijas frágiles como nosotros, pero no significa que estamos satisfechos con nuestras limitaciones, ni que no vamos a hacer el esfuerzo por mejorar. Es cierto que Dios puede usar al orador mediocre y al que no tiene talento especial, para administrar y organizar. Sin embargo, el reconocimiento de que llevamos en nosotros un tesoro, evita que nos volvamos apáticos y que estemos satisfechos con el nivel de desempeño actual.

PARA MOSTRAR QUE EL PODER PERTENECE A DIOS

Si creemos que sólo las «superestrellas» son capaces de servir a Dios, podemos equivocarnos en cuanto a la fuente del poder. Pero si vemos que es Dios el que hace Su obra por medio de vasos de barro, es obvio que el poder proviene de Él. La palabra que se traduce por «poder» (*dynamis*) se encuentra varias veces en 1^{era} y 2^a Corintios (cf. 1^{era} Corintios 1.18, 24; 2.5; 2^a Corintios 12.9; 13.4), y tal vez sea así para responder a hombres que se jactaban de su propio poder para hacer cosas

extraordinarias. Pablo les recuerda regularmente a sus hermanos que Dios ha elegido exhibir Su poder en la debilidad humana (12.9; 13.4), pues así el poder de Dios es inconfundible. Fue en la debilidad de la cruz que el poder de Dios se mostró con mayor evidencia.

James S. Stewart contó acerca de la obra de D. L. Moody en Birmingham, Inglaterra. Cuando Moody estaba predicando en una campaña misionera, un observador escéptico vino a la reunión una noche tras otra, y miraba los métodos del evangelista con ojos de crítico. Al final se acercó a Moody y le dijo: «He visto esta misión que usted está llevando a cabo y he llegado a la conclusión de que verdaderamente proviene de Dios. Le diré por qué. Es porque no puedo ver relación posible entre usted como persona y los resultados que su misión está logrando. Por lo tanto, ¡debe de provenir de Dios!».²

Pablo sugiere que Dios puede usarnos, no a pesar de nuestras flaquezas, sino por causa de ellas. Si tomamos en serio el mensaje de Pablo, es probable que percibamos el claro peligro de ser contaminados con los patrones con que el mundo mide la fortaleza, y el peligro de tratar de edificar el reino por medio de nuestro propio ingenio. Este error había sido cometido por los oponentes de Pablo en su constante insistencia en sus propios dones. Un verdadero ministerio supone el reconocer que Dios es el alfarero creativo que puede usarnos para Su gloria.

DERRIBADOS, PERO NO DESTRUIDOS (4.8–15)

El hecho de que Pablo es una vasija frágil se da a entender claramente en las poéticas líneas de 4.8–9. Hay cuatro frases paralelas que ilustran su vida como vaso de barro. En la primera mitad de cada frase, él describe la fragilidad de su condición. Está «atribulado», «en apuros», «perseguido» y «derribado». Estas palabras sugieren la indefensión de uno que no tiene poder para enfrentar las fuerzas que lo aplastan. Reconoce que carece de ingenio propio. Estas frases son parecidas a otros pasajes en los que Pablo enumera los padecimientos que lo «recomiendan» como auténtico discípulo (6.4–6; 11.23–29). Se le conoce por su debilidad, no porque tenga poderes extraordinarios.

No es el propósito de Pablo hacer énfasis en sus muchas tribulaciones, pues cada vez que se refiere a una terrible experiencia sufrida en su ministerio, él añade la frase: «mas no...». Esto es, ha estado indefenso, pero jamás derrotado. A pesar de su

² *Ibíd.*, 23.

falta de recursos, jamás fue vencido. Recordó eventos específicos en los que Dios lo rescató cuando más indefenso parecía estar (cf. 1.8–11). Las palabras de Pablo en el sentido de que él fue «atribulado [...] mas no angustiado», nos recuerdan las numerosas referencias al sufrimiento de tribulaciones (1.4, 8; 2.4; 4.17; 6.4). La palabra que se traduce por «tribulación» (*thlipsis*) tiene la connotación de «estrujado» o «presionado» con tanta fuerza, que fue «aplastado». La NVI traduce el versículo correctamente: «Nos vemos apretujados por todas partes, pero no aplastados». El distintivo del cristiano consiste, no en la ausencia de dolor, sino en el hecho de que él no es destruido por éste.

Pablo tampoco está «desesperado», ni «desamparado», ni «destruido». En cierto sentido, Pablo se había desesperado (1.8), pero no en el sentido de que se hubiera dado por vencido para siempre. Comparte con otros autores bíblicos la convicción en el sentido de que, aunque otros nos desamparan (2ª Timoteo 4.10, 16), Dios no lo hace. Dios dice: «No te desampararé, ni te dejaré» (Hebreos 13.5). Él sabía que nosotros, por el hecho de ser «vasos de barro», muchas veces somos «derribados». Somos víctimas de numerosos ataques a nuestra obra. Pero no estamos «destruidos». De modo que el cristianismo auténtico se caracteriza por el espíritu que dice confiadamente: «mas no...» (no angustiado, no desesperado, no desamparado y no destruido). Este «mas no...» se origina en la convicción que tenemos, de que el poder de Dios actúa en Sus vasos de barro.

Una de las más sobresalientes características de 2ª Corintios es el frecuente recordatorio que hace Pablo de que sus padecimientos lo «recomiendan» como verdadero siervo de Cristo (6.4; 11.23–29; 12.8–11). Pablo dice que su debilidad demuestra que él está «llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús» (4.10), pues Jesús mismo había sido un hombre indefenso que fue perseguido y derribado. Para Sus enemigos, Jesús había sido débil y ridículo. Según Pablo, Él había sido «crucificado a causa de la debilidad» (13.4, NASB). Jesús había sido, al igual que Sus siervos, una «vasija frágil» que sufrió dolor y murió. El dolor y la debilidad del cristiano auténtico constituyen una participación en la suerte que corrió Jesús. Pablo habla a menudo de su participación en los padecimientos de Jesús (Filipenses 3.10; Gálatas 2.20; 6.17).

Pablo parece decir que no hay vergüenza en la debilidad y fragilidad del siervo. Dadas sus muchas debilidades, a Pablo podía habersele

formado un complejo de inferioridad. Había otros que eran como «estrellas» en comparación con él. Pero Pablo hace memoria de que Jesús mismo era frágil. A los ojos de muchos que estaban en Jerusalén, Jesús era muy corriente. Los soldados que lo ridiculizaron no vieron ningún poder especial ni gloria en Él.

El gran novelista ruso Ivan Turgenev describió una visión en la que llegó a entender la humanidad de Jesús:

Me vi a mí mismo joven, casi un niño, en una iglesia de madera de tono menor. Había delante de mí una gran cantidad de gente, eran todos cabezas campesinas de cabello claro. De vez en cuando, comenzaban a mecerse, a caer y a levantarse nuevamente, cual espigas maduras de trigo, cuando el viento del verano sopla sobre ellas. De pronto un hombre salió de atrás y se puso a mi lado. No me volví hacia él, pero sentía que era Cristo. La emoción, la curiosidad y el temor reverencial me sobrecogieron. Hice un esfuerzo y miré a mi acompañante. Tenía un rostro como el de cualquiera, un rostro como el de todos los hombres. «¿Qué clase de Cristo es éste?» me pregunté. Un hombre ordinario, tan ordinario. No puede ser.

No podía dar cabida al hecho de que el rostro de Cristo era como el de todos los hombres. Lo maravilloso de la encarnación es que Dios eligió hablar por medio de un hombre: un vaso de barro, no un «superhombre» que convirtiera las piedras en pan, ni que se echara abajo del pináculo de los templos, ni que obligara a la gente a seguirlo.

Necesitamos reconocer que Jesús eligió «despojó a sí mismo» (Filipenses 2.7) de grandeza, y llegar a ser, en cierto sentido, normal y corriente. Entonces podremos estar preparados para aceptar la gloria de la resurrección, cuando el poder de Dios fue demostrado en presencia de debilidad. Pablo sabe que sólo cuando él es frágil es que el poder de resurrección de Dios, la vida de Jesús (4.11), puede estar presente en su vida. Los constantes «mas no...» de Pablo, constituyen la palabra confiada de uno que sabe que los que comparten la debilidad de Cristo, también comparten Su poder. Es como Pablo lo dice más adelante: «[...] cuando soy débil, entonces soy fuerte» (12.10).

CONCLUSIÓN

El requisito para descubrir el poder de Dios en nuestros ministerios, no consiste en procurar la amistad de la gente más influyente de la ciudad, ni en tener el personal más talentoso, ni en tener las instalaciones más sobresalientes, pues en tal caso estaríamos exhibiendo nuestro poder. El distintivo

de la vida cristiana no consiste en usar de poder político, porque en este caso el poder también sería nuestro. El poder de Dios está presente cuando nos arriesgamos nosotros mismos y reconocemos que

somos vasos de barro. De hecho, el poder de Dios fue más dramáticamente demostrado en la experiencia del Hombre que murió indefenso a manos de Sus enemigos. ◆

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS